

HENRY O'PORTO



¿Cómo somos?

ENSAYO SOBRE EL CARACTER NACIONAL
DE LOS BOLIVIANOS

OPINIONES

Irving Alcaráz
Robert Brockmann
Carlos Decker-Molina
Roberto Laserna
Fernando Molina
Rolando Morales
Paula Peña
Pedro Portugal

¿Cómo somos los bolivianos, y porqué somos así? ¿Es bueno que sigamos siendo como lo hemos sido siempre? ¿Podríamos ser de otro modo, sin dejar de ser nosotros mismos? ¿Vale la pena intentarlo?

¿Chaupi p'unchaipi tutayarka?*

Irving Alcaraz**

Henry Oporto me ha hecho el honor de pedirme un prólogo para su libro **¿Cómo somos? Ensayo sobre el carácter nacional de los bolivianos**, cuya hipótesis central es que la cultura —las costumbres, las tradiciones, los hábitos, los vicios y defectos, en suma, la forma de ser de los bolivianos— ha jugado y juega un rol preponderante a la hora de encontrar una explicación plausible del atraso secular de Bolivia y del fracaso, o en el mejor de los casos de su agotamiento a medio camino, de los intentos de modernización que ha venido experimentando nuestra sociedad desde Sucre hasta Sánchez de Lozada.

Henry Oporto no está solo. Lo preceden, entre otros, pensadores de la talla de —nada menos— Alcides Arguedas y Franz Tamayo los que, sentados en lados opuestos de la historia apuntan a distintos villanos como culpables de nuestro infortunio, pero apoyándose en el fondo en el mismo principio.

A fines de la década de 1980, sucedió un hecho interesante, del cual fui testigo. El entonces presidente Víctor Paz Estenssoro le entregó a Goni la jefatura del MNR, produciéndose como consecuencia de ello el siguiente diálogo:

GONI: Estoy abrumado por la responsabilidad estimado doctor. Pero al mismo tiempo tengo confianza en el futuro. Bolivia está saliendo del desastre en que se encontraba y está organizándose conforme a criterios democráticos e institucionales.

PAZ: No te equivoques Goni, esto no es Bolivia.

Lo que Paz Estenssoro quiso decir, si he comprendido bien sus palabras, es que él compartía el criterio de que la cultura de los bolivianos y el comportamiento social que de ella nace, eran un obstáculo insalvable y que en consecuencia, tarde o temprano, esa realidad iba a empujar al país hacia atrás nuevamente. Paz Estenssoro no era un pesimista sino un realista supremo que conocía el alma de los bolivianos como pocos, por lo que sus palabras dan escalofríos.

Jaime Mendoza, refiriéndose a su hermano Germán que prometía mucho y dio frutos más bien menguados, escribió un artículo con un título en quechua: **Chaupi p'unchaipi tutayarka** (A medio día anocheció), que Carlos Medinacelli aprovechó poco después para titular del mismo modo un ensayo que dio origen a un libro sobre lo que parece ser el sino fatal de los bolivianos: En sus palabras, “la fractura síquica, quedarse a medio camino”.

“La frase —dice Medinacelli— mejor que muchas otras, define un carácter saliente de la vida nacional, donde casi todas las cosas quedan a medio hacerse y el destino de los hombres no llega a realizarse plenamente, jamás”.

Uno no puede dejar de recordar aquí la carta de Sucre a Bolívar en la que el gran reformador, truncada su labor, le anuncia que se va de Bolivia: “Llevo la ingratitud de los hombres en un brazo

* Prólogo del libro *¿Cómo somos? Ensayo sobre el carácter nacional de los bolivianos*

**Periodista y escritor

roto, cuando hasta en la Guerra de la Independencia pude salir sano”. El brazo lo tenía roto de un balazo.

Henry Oporto suma su trabajo a estas visiones desgarradoras tomando como aspecto central de su análisis la crisis de la industria del gas que, una vez más, está dejando una esperanza nacional a medio camino. “**¿Chaupi p’unchaipi tutayarka?**

Leamos a Henry para contestar esa pregunta.

¿Cómo somos?*

Paula Peña Hasbún**

“A nosotros no nos gusta ver nuestras caras en el espejo de la verdad. Hacemos aquello que hizo la vieja mujer de la leyenda de Quevedo, romper el espejo”, Carlos Medinaceli

“Nos cuesta mucho ser autocríticos, mirarnos al espejo sin justificaciones ni atenuantes o auto complacencias” (p.13), dice Henry Oporto, en el prefacio de este ensayo que presentamos hoy.

Un ensayo en el que el autor busca encontrar respuestas de los porqués de nuestro comportamiento colectivo. El autor, frustrado por la forma de ser de nosotros- los bolivianos- pero por sobre todo de nuestra “incapacidad, para construir estrategias de desarrollo y políticas públicas eficaces y perdurables en el tiempo” (p. 37), analiza nuestras actitudes colectivas en dos procesos que son las dos caras de una misma moneda: la capitalización y la nacionalización de los Hidrocarburos. Depende como caiga esa moneda para que el futuro del país siga uno u otro rumbo.

A partir del análisis de esos dos procesos, el de capitalización que trajo a la modernidad en todos los sentidos: tecnologías, seguridad jurídica, eficiencia, y que fue finalmente derrotado doce años después del éxito de su aplicación, por otro proceso, el de nacionalización que para algunos no más que una ilusión construida a lo largo del siglo XX por historiadores, intelectuales y políticos. Una ilusión compartida por la mayoría de los bolivianos, sin distinción de origen, de clase social, o de formación académica. Pero para quienes creyeron y creen en él, es la raíz de nuestra riqueza actual.

Oporto analiza la mentalidad de los bolivianos (la que compartimos todos, más allá de las diferencias regionales, étnicas o socioeconómicas) y encuentra varias respuestas a su frustración. La principal característica de la mentalidad de los bolivianos, es el vínculo indisoluble entre el rentismo y los recursos naturales, su explotación y las riquezas que estos generan.

La cultura

Una vez realizado ese análisis, el autor intenta encontrar el carácter de los bolivianos a partir de análisis de su cultura. Esa preocupación por analizar nuestra cultura y nuestro carácter nacional no es nueva desde el siglo XIX, los intelectuales han tratado de encontrar los cimientos de esa cultura y han propuesto cambios.

La cultura interviene en las esferas políticas y económicas de las diferentes sociedades y, en nuestros días su protagonismo es mayor que en cualquier otro momento de la historia contemporánea. La globalización y la migración permanente han hecho de la cultura una preocupación que ha pasado las fronteras de las ciencias sociales. Los analistas tienden a buscar las respuestas de los problemas económicos, sociales y en muchos casos políticos en el ámbito cultural. Generalmente las

*Comentario leído en la presentación del libro, en la ciudad de Santa Cruz, el 28 de mayo de 2018

**Historiadora. Es Directora del Museo de Historia de la Universidad Gabriel René Moreno

encuentran en los valores y actitudes de las sociedades y en las maneras cómo enfrentan situaciones de crisis, de progreso y de desarrollo.

Pues es eso lo que ha hecho el autor, ha buscado en el ámbito de la cultura las respuestas a su frustración. Él basa su análisis con los presupuestos teóricos de Francis Fukuyama, apoyado el mismo, con el trabajo de Jorge Castañeda sobre México, y el estudio de Bruno Bocarra, sobre Bolivia.

Efectivamente es en el ámbito de la cultura que hay que buscar los orígenes de carácter nacional, porque la forma de ser de los pueblos influye, desde mi perspectiva de manera decisiva, en nuestras opciones económicas y políticas.

Oporto afirma que “la idea de cultura alude a un conjunto de significados, símbolos, valores e ideas y fenómenos como religión e ideología, transmitidos por generaciones, y mediante los cuales las personas y los grupos humanos se comunican, interactúan y desarrollan sus conocimientos y actitudes ante la vida” (p.61), conceptualiza la cultura como un hábito distintivo o etopeya heredada (Carácter, acciones, costumbres).

En este punto es importante recalcar que la cultura es dinámica y cambia en el tiempo. Pero también hay que decir, que la cultura es inconsciente, no somos conscientes de lo lamentosos que somos, simplemente lo somos.

El carácter nacional

De igual manera el carácter nacional, al que el autor concibe como rasgos culturales, prácticas y tradiciones (p.63), siguiendo a Castañeda, quien afirma que tiene que ver como una sociedad se concibe así misma y como es percibida por otros. Lo que de mi perspectiva supone un esfuerzo intelectual de pensarse como sociedad, a diferencia de la cultura que es un proceso inconsciente. Y aunque el autor intenta vincularla con la identidad, ya sea cultural o nacional, yo personalmente no lo haría, porque la identidad supone un proceso consciente, en el que un grupo se identifica con unas características que los identifican y los hacen distintos a otros.

Este esfuerzo intelectual, debería tener como finalidad que nos miremos al espejo y lejos de romperlo para no ver nuestro reflejo, seamos capaces, de mejorar lo que se puede mejorar, y aceptar de la mejor manera lo no podemos cambiar. Si la cultura es cambiante, las prácticas culturales pueden cambiarse, pero hay que querer hacerlo, y pongo en duda nuestra capacidad de mirarnos al espejo, y sostener la mirada en el reflejo si caer en la tentación de romperlo.

Después de leer este ensayo y los argumentos que da el autor, para cada uno de los caracteres de nuestra sociedad: enumera diez, pero que se entrelazan entre uno y otro, se pueden sintetizar en nuestra forma de ser. Por lo tanto, debemos centrarnos en nuestra cultura y los caracteres nacionales que se desprenden de ellas. Por qué tenemos una obsesión con el pasado?, Por qué somos derrotistas? Porque nos victimizamos, aludiendo a nuestra pobreza. ¿Por qué despreciamos la ley y nos resistimos a respetar el orden? O finalmente, ¿por qué nuestra necesidad individual está encima de los derechos de los demás?

Son diez rasgos culturales los que el autor analiza en cinco de los ocho capítulos de este libro. ¿Cómo se han formado esos rasgos culturales? Desde mi perspectiva como historiadora, puedo afirmar que los pensadores bolivianos de fines del siglo XIX, pero fundamentalmente en el siglo XX,

hicieron bien su trabajo y lograron construir esos rasgos culturales, fundamentalmente a través de la escuela y del discurso de los políticos y del relato de los que escribieron sobre nuestro pasado. Por ello, considero que el nacionalismo revolucionario así como el masismo, son expresiones de la cultura boliviana. Evo Morales, no llegó de otro planeta, es probablemente la expresión más auténtica de nuestra cultura. Los diez rasgos de los que habla nuestro autor son una constante en el comportamiento y en el pensamiento del presidente.

La historia

Los pensadores bolivianos, de principios de siglo y también los historiadores, partiendo de la frase “la esclavitud no tiene historia” (Cortés, 1861), se negaron a estudiar el pasado colonial y concentraron toda su atención en el mundo prehispánico, idealizándolo de tal manera, que se distorsionó para siempre nuestra historia. “El daño que hizo con sus distorsiones nunca podrá ser curado completamente” (Arnade, 2008:101) y la memoria colectiva, que es distinta a la memoria histórica, sostendrá como una verdad absoluta esa afirmación, el idealismo del mundo indígena, la pureza de sus valores. Llegando afirmar que los aimaras eran los arios del continente.

Por lo tanto si el ideal es lo prehispánico, la causante de todos nuestros males es la colonia. Incluso nuestro autor cae, en esas afirmaciones, siguiendo a Bocarra habla de los traumas que no hemos podido superar. Hasta cuando seguiremos echándole la culpa a los españoles, dentro de poco cumpliremos doscientos años como Estado independiente, y los culpables siguen siendo los españoles, y después los gringos, y nosotros, qué hemos construido en estos doscientos años, o es que el trauma insuperado de la colonización no nos permite seguir. Acaso somos el único estado que estuvo bajo el dominio de la monarquía española.

Evidentemente hay elementos de la época hispánica que se han mantenido en la memoria colectiva, como por ejemplo el caudillismo, al fin de cuentas el caudillo es el rey.

Esa obsesión por el pasado, nos hace victimas del mismo. ¿No tenemos la capacidad de superarlo?

Para el autor el desprecio a la ley viene de la colonia, queda claro que en 1825, había que construir ciudadanos y bolivianos, ¿quiénes fallaron en transmitir el respeto a la ley? los españoles serán los responsables. Lo paradójico es que los bolivianos, no respetamos la ley, pero creemos que la ley por si sola cambia la cultura. Basta recordar los discursos oficiales y los no tanto, durante la Asamblea Constituyente, todos aseguraban que una nueva constitución era la única vía para acabar con la pobreza, para recuperar los recursos naturales, que están siendo expoliados por los inversores extranjeros, y con la ley los industrializaríamos, cuando los estudios serios, demuestran que la realidad fue distinta al discurso oficial.

Volviendo al pasado, fueron los pensadores de principios del siglo XX quienes comenzaron a encontrar todos los males en el mestizo, como resultado de lo peor de dos mundos, y que la reserva moral estaba en la población originaria, discurso que sigue vigente entre nuestra sociedad. La teoría planteada por García Linera, quien asume la lucha de clases, en términos de lucha étnica, para él, al grupo indígena mayoritario (el aymara), deben someterse los demás pueblos indígenas para derrotar a los k'aras.

Por lo tanto, basada en la desigualdad de los hombres, al mejor estilo del código fascista, unos hombres son superiores a otros y la constitución política, es la mejor expresión de la desigualdad entre los que habitamos este país.

Nuestro rechazo a la competencia, es otra de las características de la forma de ser del boliviano es también nuestro rechazo por el esfuerzo. El estudiante quiere el título, no le interesa el estudio, éste último no es un valor para él, y menos ahora en tiempos plurinacionales que se desprecia a los que hemos estudiado. El empleado público no le interesa el trabajo, solo el sueldo. Y a muchos otros más que el sueldo, la posibilidad de convertirse en ricos, esa gente ruin, pero a los que hay que copiar en sus hábitos y gustos, sino donde colocamos al joven Pari, desfalcador de Banco Unión.

Quisiera destacar, lo que considero el aporte más importante del autor. El primer punto que analiza: El individualismo, como primer rasgo característico de los bolivianos, porque rompe como el mito de la propiedad comunitaria. La intelectualidad boliviana y las organizaciones no gubernamentales han construido el relato del comunitarismo. Y la realidad demuestra lo contrario. Los campesinos exitosos son los que trabajan su tierra. Y en el occidente la dividen y subdividen, el autor afirma, que un tercio de los campesinos trabajan una hectárea, debe ser en el occidente de Bolivia, la realidad en el oriente es totalmente distinta. Pero con ello nos deja claro, que cada uno quiere su tierra y la subdividirá mientras pueda. Por lo tanto habría que preguntarse en base a cuál realidad los redactores de la Constitución hicieron el preámbulo...un estado unitario social de derecho plurinacional comunitario... Ese primer capítulo rompe con el esquema tradicional de la intelectualidad boliviana.

No tengo ninguna esperanza en que la sociedad boliviana quiera cambiar, aunque el autor dice que es posible Por qué digo esto, porque el legado del MAS, ha acabado con los valores que de alguna manera existían en Bolivia. El esfuerzo, el sacrificio, el estudio, no importan. Total, si se trata de "meterle nomás", y esa sencilla frase de Morales, es la más fatídica de todas las que ha dicho, por que destruye la posibilidad de cambiar nuestra cultura, de hacer un mejor país, de desarrollar la ciencia, la tecnología y los deportes. Finalmente, el mejor argumento boliviano el puño, o mejor, el rodillazo del presidente, que muestra de que madera está hecho y se considera un el ejemplo para miles de jóvenes que no han visto otro modo de proceder ni de gobernar.

¿Qué hacer, con el boliviano?*

Pedro Portugal Mollinedo**

Bolivia estaría trabada en un sino de atraso secular y de frustración. El signo fatal de los bolivianos sería –asumiendo una caracterización de Jaime Mendoza– “la fractura psíquica, quedarse a medio camino”. Así sintetiza el prologuista Irving Alcaraz el espíritu del reciente libro de Henry Oporto ¿Cómo somos? Ensayo sobre el carácter nacional de los bolivianos.

La preocupación literaria y ensayística sobre la identidad –y su relación con la postración social y económica del país– es tema antiguo y permanente en Bolivia, generalmente articulado en torno al indio. Históricamente, dos posiciones se expresaron repetitivamente: la denigración racista del indio y de su carácter, al estilo de Alcides Arguedas y la glorificación indigenista, a veces postiza y exagerada, a la manera de Franz Tamayo.

Henry Oporto evade esa dicotomía pero no la resuelve. Su reflexión es producto de un momento histórico peculiar: la del “proceso de cambio” con un “indígena” como presidente. Hasta hace poco era fácil teorizar sobre el indio, pero como elemento de paisaje: era parte del decorado, no actor en la tragicomedia boliviana. El acceso de Evo Morales al gobierno fue en gran parte respuesta a la expectativa criolla de lo que debería ser –en ese momento– el indio bueno.

El desempeño gubernamental del MAS ha desengañado ese romanticismo. De ahí que ahora es recurso cómodo, pero no conveniente, omitir lo indio como elemento necesario para pensar y diseñar el futuro.

Oporto incurre en ese desliz, asumiendo otro de los mitos bolivianos, el del mestizaje. Todos seríamos mestizos, aunque vergonzantes. Evo Morales sería un típico cholo y la emergencia indígena una pura invención identitaria.

El libro de Oporto es un “ensayo sobre el carácter nacional de los bolivianos”. Sin embargo, ¿puede haber características nacionales sin que exista la nación? En la década de los 80 la investigadora Marie-Danielle Demélas publicó un trabajo elocuentemente titulado ¿Nacionalismo sin nación? Bolivia, s. XIX-XX. En efecto, hasta ahora, en Bolivia, la nación es tarea pendiente. Lejos de constituir una sociedad integrada y funcional, Bolivia es un mayorazgo criollo.

El dislate plurinacional fue su creación intelectual, bajo el influjo de la academia y de instituciones posmodernas del “primer mundo”, dislate achacado ahora a los indígenas, tildados de falsos al no corresponder a la imagen de que ellos se hacían estos criollos.

El libro ¿Cómo somos?... es perspicaz cuando señala como indicios del malestar identitario nacional la aversión a la competencia, la renuencia a competir, el victimismo y la obsesión con el pasado.

Sin embargo, en los últimos años esas características parecen identificar el componente criollo de Bolivia, y de ninguna manera el indígena. El gobierno del MAS ha desencadenado en los sectores indígenas consecuencias insospechadas: lejos de refugiarse en un mítico pasado, se insertan en la

*Publicado en Página Siete, 31 de mayo de 2018

**Director de Pukara y autor de ensayos y estudios sobre los pueblos indígenas de Bolivia.

técnica y las modalidades económicas contemporáneas, a veces de manera disparatada. El “capitalismo salvaje” agresivo y competitivo se constata no ya en las clases medias, sino en los cooperativistas mineros, comerciantes pueblerinos y “emprendedores” indígenas, muchos en actividades “al margen de lo legal”.

El discurso victimista es ahora patrimonio del criollo, bajo amparo de las tendencias de moda en el mundo occidental, como el ambientalismo; mientras el indígena, en especial el andino, se exhibe afanoso y arremetedor.

Debemos cuestionarnos quiénes y cómo somos, para ello es interesante la lectura del libro de Henry Oporto. Pero sobre todo debemos replantear juicios establecidos sobre la identidad. Si la identidad nacional es producto histórico, ello implica la soberanía, la capacidad de decidir sobre su destino.

Y si ahora el pueblo indígena empieza a tener soberanía, ésta –enderezada– puede ser el elemento integrador y constructor de la nacionalidad, tarea para la que el mundo criollo se muestra agotado, pesimista y decadente. Construir la nación con nuevos dinamizadores, desechando la ilusión “pluri” y el espectro de aniquilación de cualquiera de los componentes de nuestra realidad.

¿Somos irremediables?*

Robert Brockmann**

Cuando trabajaba en la Coca-Cola, en el altisonante puesto de Gerente de Comunicación Global, llevamos a cabo una encuesta nacional en busca del “boliviano tipo” y sus características, cuyo fin era una campaña de marketing. Se gastaron enormes recursos en esa indagación, que hubiera sido la envidia de cualquier partido político en época de elecciones.

El resultado fue lo que entonces era, y hoy seguiría siendo, una verdad de Perogrullo: no había “un” boliviano tipo, sino tres, diferenciados según su residencia en entornos geográficos distintos: los bolivianos andinos, los vallunos y los orientales. Los tres diferían levemente en aspiraciones, percepciones, usos y costumbres, pero tenían en común un muy desarrollado sentido de la familia, aparejado al aprecio por la comida y las tradiciones locales. Ese tipo de encuestas no son raras en el mundo corporativo y responden a la misma curiosidad que sienten las sociedades acerca de sí mismas.

Igual que hace más de 100 años Alcides Arguedas escribió su introspectiva, profundamente crítica y polémica *Pueblo Enfermo*, y Guillermo Francovich publicó su *Mitos profundos de Bolivia* en 1980, obras que intentaban explicar o descifrar a los bolivianos, Henry Oporto nos ofrece hoy una obra cuando menos tan profunda y valiosa: *¿Cómo somos? Ensayo sobre el carácter nacional de los bolivianos*.

Pero si Arguedas y Francovich tuvieron que alejarse a otros países y continentes para tratar de describir al boliviano o las motivaciones de su psique, Oporto, investigador, lo hace, en gran medida, desde las cifras, tanto como desde lo conceptual.

E igual que el diagnóstico de Arguedas, el de Oporto es tan demoledor como desolador, aunque al final ofrece la posibilidad de redención. Después de todo, lo único que no tiene solución es la muerte.

Lo boliviano

Oporto señala como características del boliviano el individualismo y no, como se cree, la mentalidad colectivista; le son propias la falta de capital social o, lo que es lo mismo, es presa de profunda desconfianza en el prójimo; siente aversión a la competencia y por ello prefiere actuar amparado, desde posiciones de privilegio; padece de estadolatría, por lo que es dependiente del peguismo y consciente o inconscientemente desea o espera que el Estado le dé y se lo haga todo. Asimismo, el boliviano está obsesionado por el pasado, pero por un pasado que le ha sido invariablemente adverso, lo cual lo ha convertido en victimista, y como resultado es presa de una mezcla de sentimientos de temor/amor/odio simultáneos a lo extranjero. Si no fuera ya suficientemente complejo y aparentemente irresoluble, el alma del boliviano siente desprecio por la ley y desapego por el orden, y, sin embargo, a la vez, siente deferencia por el autoritarismo caudillista. Finalmente, es caótico, corporativista-rentista en el mal sentido, y se avergüenza de su mestizaje, al cual no reconoce.

*Publicado en Página Siete, Suplemento Ideas, el 10 de junio de 2018

**Periodista e historiador

Los orígenes de esta personalidad nacional tan embrollada hay que buscarlos en el pasado remoto preincaico, pues pasan por una larga y compleja serie de ciclos y sobreposiciones civilizatorias de principios trabajosos, existencias precarias, logros culturales y tecnológicos asombrosos pero poco reconocidos, decadencias y caídas tan estrepitosas como inexplicadas, y no pocas invasiones militares y sometimientos a nuevos amos, de las cuales la conquista española fue sólo la última y más durable y la que mayor impronta dejó, pues todos somos resultado de ella.

Muchos de estos rasgos se explican porque, ya más cerca en el tiempo, también somos hijos de la contradicción colonial española, que consiste en el más sublime y altruista de los buenos deseos de la Corona, que emitió las benévolas Leyes de Indias, que sobre el papel protegían los derechos de los pueblos amerindios e incluso les otorgaban ciertos privilegios, versus su praxis, más bien a contramano, por parte de tantos españoles en el territorio de nuestro virreinato. Tan perfectas, tan protectoras eran las Leyes de Indias, que dieron ellas, probablemente, nacimiento al muy castizo dicho de “se acata, pero no se cumple”.

Tampoco podemos pasar por alto el hecho de que somos descendientes directos de la Audiencia de Charcas, aquella peculiar institución judicial tomista-escolástica que, al amparo de la distancia de la metrópoli, enclavada en el remoto corazón montañoso de Sudamérica, adquirió tales privilegios e impunidades que se permitió desacatar la orden del Virrey de restaurar al cacique Tomás Catari en su puesto, dando pie a las insurrecciones indígenas de los 1780 en esta parte del Imperio, que no fueron las primeras ni las últimas.

Ni debemos olvidar que, en el último par de años de la guerra de la independencia, los españoles estuvieron divididos entre liberales y absolutistas y que Fernando VII, el Rey Felón, le ordenó a su contumaz general Pedro Antonio de Olañeta, deponer las armas contra sus camaradas y dirigirlas contra el ejército de Bolívar. Olañeta el viejo no acató y prefirió seguir peleando contra propios y extraños en el último reducto español en el continente hasta que murió probablemente asesinado por uno de sus propios hombres.

Muy poco tiempo antes habían surgido las republiquetas, otra creación totalmente original de nuestro territorio, temperamento y circunstancias: existían para proteger a sus habitantes de los españoles, pero también de los ejércitos auxiliares argentinos, así como de los ataques de los indios. Españoles contra españoles. Altoperuanos contra argentinos. Indios contra mestizos y blancos y viceversa. Y todos contra todos. De ese caos somos producto. De allí provenimos. Esos son nuestros genes nacionales. Hay que preguntarse qué hubiera pasado en el Alto Perú si no llegaba Antonio José de Sucre con sus tropas peruano-colombianas a garantizar el orden necesario para organizar la nueva república.

A principios del siglo XX, durante los 20 años de estabilidad liberal, esas dos décadas de construcción de instituciones que pasaron como una brisa pasajera, el futuro presidente Bautista Saavedra, escribió que la democracia era “la armonía de las desigualdades”. Una bella frase, tan breve como profunda, que haría abrigar grandes esperanzas sobre quien la hubiera pronunciado.

Pero cuando llegó al poder, Saavedra fue perseguidor, represor, polarizador, prorroguista y su gobierno apenas demócrata en las formas, transcurrió casi en su totalidad protegido por el estado de excepción.

La Guerra del Chaco marcó el principio del período de maduración de Bolivia como sociedad, de su reconocimiento en el espejo como lo que era, una sociedad diversa e invertebrada que necesitaba cohesionarse. Pero ni siquiera la amenaza de un enemigo externo sobre la patria pudo traer la unidad nacional o alguna clase de armonía que permitiese una acción de conjunto. Ni de concretar la visión del presidente Daniel Salamanca, de derrotar al Paraguay, un país pequeño, más pobre y menos poblado y —erróneamente— percibido como más débil, y restituir la confianza del país en sí mismo.

Ni los militares ni los políticos le dieron una tregua a Salamanca, ni él cedió en sus posturas a veces absurdas, a veces arrogantes, y todo terminó en un golpe de estado a pocos kilómetros del frente de batalla, mientras morían soldados bolivianos. Y así, no sólo perdimos la guerra, sino que le atribuimos la derrota a las transnacionales petroleras.

¿Quién nos hizo esto?

El historiador Pablo Estefanoni —y también quien escribe estas líneas— cree que la historia boliviana es desproporcionadamente intensa y compleja para nuestro número de habitantes. Y es posible que algunos otros países tengan historias tan complejas como la nuestra e incluso más trágicas —me viene a la mente la complicadísima historia de Alemania— pero que han sido capaces de superar sus taras. Los bolivianos lo hemos intentado, y sin tener un lastre tan grande, recaemos en cada intento. ¿Por qué?

El recientemente fallecido historiador Bernard Lewis decía que cuando la gente se da cuenta de que las cosas van mal, hay dos preguntas que se puede formular. Una es, “¿Qué hicimos mal?” y la otra es “¿Quién nos hizo esto?” Esta última lleva a teorías de la conspiración y a la paranoia. La primera pregunta, en cambio, lleva a otra línea de pensamiento: “¿Cómo lo corregimos?”

Ya en el siglo XX Bolivia eligió las teorías de la conspiración y la paranoia. Chile, Estados Unidos, la derecha, el imperialismo, etc. En el siglo XIX, Japón eligió la otra pregunta: “¿cómo lo corregimos?” Y los resultados son claramente diferentes.

Somos victimistas, caóticos y desapegados al orden y aprehensivos para con el estado de derecho porque eso se ha impreso en nuestro ADN nacional durante cientos de años. Eso es lo que hemos mamado como sociedad.

Oporto le dedica además sesudas páginas a la impresión generalizada que produce el boliviano ante el observador externo, pero que es una impresión sólo aparente, de que los bolivianos tienen espíritu colectivista y son solidarios, pues sólo lo son, afirma, dentro de los pequeños límites de la familia o del clan o del grupo de interés. Las relaciones de familia, para el boliviano, son dominantes y excluyentes. Ello hace que la sociedad boliviana sea pobre en capital social.

Francis Fukuyama dice que el capital social puede ser definido como un conjunto de valores informales o normas compartidas por miembros de un grupo que permite a sus miembros cooperar mutuamente. Si los miembros del grupo se habitúan a esperar que los demás se comporten honestamente, como norma llegarán a confiar unos en otros. El capital social surge a partir del *predominio* de la confianza. Y la confianza actúa como un lubricante que hace que cualquier grupo u organización funcione más eficientemente, pues reduce los costos de transacción dentro de la sociedad.

Confianza

Este déficit de confianza es el causante de la “cultura del papel sellado” que deplora Oporto, según la cual toda pequeña transacción debe venir sacramentada por papeles, firmas y sellos oficiales. No por nada Bolivia es uno de los países con mayor índice de litigios en el mundo, si acaso no es el país más litigante. Este peso de la cultura jurídica, dice el autor con pesar, es transversal al caudillismo atávico, al sectarismo ideológico, al déficit democrático, a la corrupción, y en suma, al fracaso del país.

Por otro lado, Oporto se duele por que la democracia sea incompatible “en este estado de cosas en que continuamente se pone en entredicho el orden constitucional, donde los actores centrales no se comportan con lealtad institucional” y donde “falta el sentido de la institucionalidad en la mentalidad de muchísimos bolivianos”. El autor no está solo en esta apreciación. Dice el politólogo Ronald Inglehart, director de la Encuesta Mundial de Valores, que la democracia no es algo que se pueda obtener mediante la mera adopción de las leyes adecuadas. Es más probable, dice Inglehart, que florezca en ciertos contextos sociales y culturales que en otros, pues la evidencia sugiere que es la cultura la que da forma a la democracia y no al revés.

No es posible referirse en detalle, en este espacio, a toda la compleja lista de características enumeradas y explicadas por Oporto, ni a sus intrincadas interacciones y causalidades. Baste decir que se trata de lectura en extremo estimulante, pues cada afirmación provoca chorros de ideas, sensaciones y ejemplos vividos por cada quien. Es seguro que dará que hablar y escribir.

La única observación que le haría es que aborda el tema desde un ejemplo innecesariamente detallado, cuyos pormenores encierran una crítica política coyuntural, que si bien es justa e ilustrativa, perderá actualidad y será difícil de entender en el futuro. No es un pecado capital, pues *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset, sigue siendo editada con sus obsoletos prólogos para ingleses y para franceses.

¿Cómo somos?*

Por Roberto Laserna**

Henry Oporto se ha atrevido a escribir un libro con ese título, indagando el carácter nacional de los bolivianos. Se trata de un esfuerzo ambicioso y riesgoso pero necesario.

Es ambicioso porque aspira a desentrañar los elementos que compartimos y que moldean un “ser nacional”: el territorio, los recursos, las instituciones y, claro, la historia, con sus derrotas y victorias. Y es riesgoso, porque el promedio nunca abarca la totalidad y habrá siempre quien desmienta y discuta sus conclusiones, exponiendo otros datos. Aun así, es un esfuerzo necesario y valioso. ¿Cómo definir hacia dónde queremos ir si no sabemos quiénes somos? ¿Si no reconocemos nuestras limitaciones y valores?

Oporto sabe todo esto y nos advierte que puede no haber logrado su propósito. Pero nos desafía al debate y la reflexión, y hay que asumirlo con la misma honestidad y disposición al dolor que él muestra en estas páginas. Todos sabemos que no es fácil mirar hacia adentro y detectar los problemas, las limitaciones y los traumas que nos impiden progresar.

La “cultura” nacional

El texto se concentra en cinco características que representarían las mayores trabas a nuestro desarrollo como nación. El individualismo atomizado, desconfiado y que busca refugio en los lazos familiares; la aversión a la competencia y la búsqueda de una ventaja para ganar o una disculpa al perder; el desprecio por la ley, que sería inadecuada a nuestra realidad desde sus orígenes coloniales; un mestizaje que no alcanzamos a aceptar ni valorar; y el victimismo, ese terrible culto a la derrota.

Para describir estos rasgos, Oporto recurre a datos, citas, estudios y anécdotas, que le permiten además cuestionar interpretaciones alternativas que pretenden caracterizarnos como un pueblo comunitarista y de purismo indígena.

Algunos de estos rasgos, sin embargo, no me parecen propiamente culturales porque los considero comportamientos que derivan del contexto institucional. Como lo saben quiénes han vivido o visitado Cobija, por ejemplo, los mismos mototaxis que en el lado boliviano se mueven sin respeto alguno por la ley, para cruzar al lado brasileño alquilan cascos en el puente fronterizo y, una vez al otro lado, respetan rigurosamente todas las reglas de tránsito. Pasa lo mismo con migrantes o turistas bolivianos en cualquier parte del mundo, que fácilmente dejan su “cultura” y se adaptan al nuevo entorno, respetando las leyes.

El individualismo y el rechazo a la competencia que menciona Oporto, tiene el común denominador de la desconfianza, también tratada en el libro. Es tan débil el sistema estatal que resulta fácilmente capturado por el burócrata a cargo, cuando no manipulado por presión corporativa.

En ese entorno, ser desconfiado no es una opción cultural, sino una obligación de supervivencia. Obviamente, la consecuencia directa de ello es el desprecio a la ley, que Oporto

*Publicado en Los Tiempos, el 10 de junio de 2018

**Economista y sociólogo

anota como rasgo cultural. Estos no son a mi juicio rasgos culturales, puesto que se explican por la debilidad del sistema jurídico y normativo.

Como lo argumenté en otros textos, creo que el rentismo contribuye a explicar varios de estos temas, puesto que nos “conviene” que las rentas sean concentradas en manos de un estado institucionalmente débil, ya que eso nos permite acceder a los recursos a partir de la acción corporativa, la presión callejera, el conflicto social. No hemos hecho el esfuerzo de organizar un sistema jurídico e institucional fuerte porque no lo hemos considerado hasta ahora necesario.

Por supuesto, que esta manera de distribuir los recursos no hace más que reproducir las desigualdades y alentar el despilfarro y la corrupción, pero nos preocupa más organizar el partido, sindicato o comité, que nos permitirá cobrar la tajada que creemos nuestra.

El culto a la derrota

Para terminar, quisiera expresar una coincidencia que es fundamental con Oporto, al destacar un rasgo sustancial del carácter nacional: el victimismo. Desde niños y en cada acto cívico nuestros maestros y líderes políticos y sociales presiden el culto a la derrota. Reconstruyendo el mito del pasado precolonial o el del inocente agredido, desplazamos hacia los conquistadores españoles, los chilenos, o los imperialismos modernos la culpa de nuestra postración y miseria. Al definirnos como víctimas, evitamos asumir responsabilidad por nuestros actos. Siendo incapaces de reconocer nuestros errores, tampoco lo somos para aprender las lecciones de la historia, a la que nos referimos continuamente, pero de un modo superficial y distorsionado.

En la formación de nuestra identidad nacional no hemos logrado superar el patriotismo territorial, que es primitivo y elemental porque se basa en casualidades geográficas y naturales, y construir un patriotismo constitucional, que se funda en aquello que construimos como colectividad: instituciones, normas, industrias, arte. Este tipo de patriotismo, que lo encontramos en muchos países, no solamente recupera la historia, sino que la proyecta al futuro, alentando nuevos y mayores desafíos. En Bolivia prevalece el patriotismo territorial, pero no es del todo inexistente el constitucional. En algunos periodos avanzó este tipo de patriotismo, orgulloso de lo que lograba más allá del discurso lastimero o centrado en recursos naturales, pero no ha tenido la fuerza para defenderse de la tradición del otro. Hoy mismo somos testigos de esa tensión, en el conflicto que se da entre una supuesta defensa de los recursos naturales, con menosprecio de todo lo demás, y una exigencia de restablecer un estado de derecho que garantice un lugar para cada ciudadano, en un sistema tolerante y de poderes controlados que protejan los derechos de la gente. Para construir el patriotismo constitucional y superar el territorial, tendremos que vencer los sentimientos de derrota, nuestra peor tenaza.

Como verá, la provocación de Henry Oporto en este libro es muy fecunda.

¿Cómo somos?*

Por Rolando Morales Anaya**

Se necesita juntar la reflexión de los economistas sobre el desarrollo a estudios en sociología, historia y política. A este propósito cabe destacar la reciente aparición del libro ¿Cómo somos?, de Henry Oporto, que quiero comentar en esta ocasión.

Oporto introduce el concepto de “carácter nacional” entendiéndose que está formado de tal manera que distingue a los bolivianos de otras sociedades. Entre sus características distintivas estarían: el individualismo, la aversión a la competencia, la “estadolatría”, la obsesión por el pasado, su idealización y la victimización, el desprecio por la ley, el carácter díscolo, el corporativismo, el mestizaje vergonzante, el rechazo al extranjero y la falta de confianza interpersonal.

Algunas de estas caracterizaciones son comunes a muchos otros países pero es bueno recordarlas que también conciernen a Bolivia. Entre éstas hay dos que son propias de la región andina: el valor de la igualdad con su consecuencia la aversión a la competencia y la especial forma de concebir el esfuerzo: ni mucho ni poco.

En las culturas precolombinas el concepto de igualdad entre los de abajo fue un valor moral muy difundido. Sólo se aceptaba diferencias económicas, sociales y de acceso a los recursos entre los de abajo y las élites. A nivel del pueblo, era mal visto que alguna persona se destaque en algún sentido y generaba recelo en las élites. Quizás por esta razón, en las culturas precolombinas, y después, no había competencias o concursos tal como aparecen en el pasado de otras culturas (luchas, carreras, deportes, certámenes diversos).

Esta valoración de la igualdad sigue vigente en nuestra sociedad y quizás sea la fuente de la ausencia de un sistema de premios y penalidades al esfuerzo individual (segunda característica) que puede reflejarse en la falta de emprendurismo y en mediocres resultados educativos. Empero, es necesario señalar que la cultura boliviana rechaza la falta de esfuerzo, pero éste no tiene que ser muy intenso porque si lo fuera generaría desigualdad.

Algunas de las otras características señaladas por Oporto tienen como raíz común el acervo educativo y la historia. Aceptarlo hubiera permitido al autor establecer una jerarquía de causa-efecto. La confianza interpersonal se encuentra a la base de la capacidad de cooperar con las otras personas y desarrollar capital social (conceptos que son la otra cara del “individualismo” mencionado por Oporto).

El capital social es la capacidad de un grupo de personas de consensuar para definir objetivos y comprometerse a cooperar para alcanzarlos. La primera condición para ello es que haya relacionamiento interpersonal al interior del grupo. La segunda condición es la capacidad de hacer un balance entre los beneficios y perjuicios de las propuestas en juego, lo que requiere algún nivel educativo.

El cumplimiento de la primera condición encuentra obstáculos en Bolivia debido a la fragmentación cultural, a la dispersión territorial y a la discriminación. Para ilustrar la importancia de la segunda

*Publicado en Página Siete, el 22 de junio de 2018

**Economista

condición conviene recordar que cualquier persona que no entiende los beneficios o riesgos de aceptar una propuesta, simplemente la rechaza. La “estadolatría” es sólo una etapa de transición entre el Estado feudal y el moderno.

La baja autoestima (y la victimización en palabras de Oporto) son comunes a todos los grupos humanos que han sufrido o que sufren situaciones de opresión (ver Frantz Fanon, Paulo Freire). Por ejemplo, muchos hombres para lograr la sumisión de sus parejas tienden a convencerlas que son seres inferiores. Los europeos hicieron lo mismo con la población africana. Las clases dominantes precolombinas y posteriores adoptaron una actitud similar con la población andina.

Hasta las dos primeras décadas del siglo XX, se discutió en Bolivia si los nativos tenían un nivel intelectual inferior al resto, incluso, se invitó a misiones “científicas” francesas para establecerlo. Poco a poco se está venciendo este trauma, pero aún falta bastante para lograrlo.

Henry Oporto utiliza también reflexiones económicas, pero a mi parecer comete un desatino haciendo la defensa de la política de hidrocarburos de Goni y sugiriendo que era la opción “racional” contraponiéndola a una presunta reacción “irracional” del pueblo. En la medida que ello implica una valoración que debería ser mejor explicada hubiera sido oportuno evitarla, más aún por estar fuera de contexto. Algo similar se puede señalar sobre las observaciones al actual gobierno que figuran en su última parte.

Para terminar quiero decir que me interesan mucho estos temas por la relevancia que les doy en los estudios que hago sobre desarrollo. En particular, invito a consultar mi libro *El desarrollo visto desde el Sur* (2016, Editorial Plural) donde me refiero a ellos instrumentándolos en función de la economía.

El individualismo en Bolivia*

Roberto Laserna

En su reciente libro, ¿Cómo somos? Ensayo sobre el carácter nacional de los bolivianos, Henry Oporto sostiene que uno de los rasgos fundamentales del boliviano es el individualismo. Por supuesto, esta idea contradice frontalmente la que sostienen otros ensayistas, especialmente afines al gobierno y al pensamiento marxista, que argumentan más bien que los bolivianos somos naturalmente comunitaristas, inclinados a la acción colectiva, de cooperación y ayuda mutua. Como diría Cantinflas, ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario.

Para plantear su tesis del individualismo como parte fundamental del ser nacional, Oporto acude a una importante y solvente cantidad de pruebas empíricas, y muestra que el individualismo se expresa también en la desconfianza hacia los demás y en el fortalecimiento de los lazos de parentesco consanguíneo y espiritual. Lo que no plantea ni desarrolla es la definición que utiliza de individualismo, y aquí parece estar la clave de nuestra discrepancia. Si uno define individualismo como sinónimo de egoísmo, o por lo menos de preocupación primordial por lo propio y lo cercano, como lo sugieren los datos aludidos por Oporto, sería difícil estar en desacuerdo con él. Ahí están justamente los datos.

Pero de inmediato uno tendría que preguntarse: ¿y quién no es así? La noción de familia puede ampliarse a los parientes más lejanos o reducirse al núcleo más íntimo, pero en todo tiempo y lugar ha sido la red básica de relaciones para las personas, la “célula de la sociedad” como se decía antes. Y así como proporciona el refugio primordial, así también obliga a pensar en su defensa y fortalecimiento, especialmente cuando hay momentos de crisis. No creo algo que tiene tal universalidad pueda considerarse un rasgo distintivo del carácter nacional.

Por otro lado, si uno define el individualismo como una convicción en el valor fundamental de la persona, en su racionalidad y capacidad de asumir la responsabilidad de sus actos, en la confianza en que puede lograr por sí mismo sus metas, entonces tendríamos que concluir en que los bolivianos, en general, no somos individualistas. Al contrario, tendríamos que darles la razón a los que argumentan que tendemos más bien a buscar refugio en el grupo, y no solamente en el grupo familiar: el sindicato, la comunidad, la tribu, el comité o la junta vecinal. Es actuando en ellos y a través de ellos que tratamos de resolver nuestros problemas, de abrirnos camino y de encontrar oportunidades.

Este rasgo les da algo de razón a quienes proclaman el carácter colectivista de los bolivianos, pero no se acerca a la idealización con que suelen presentarlo, cuando dan a entender que en la base de ese comportamiento están la solidaridad y el altruísmo. Nada de eso, por mucho que tengamos una gran destreza en manejar ese discurso. Cuando un grupo apoya las movilizaciones de otro, rara vez lo hace por solidaridad. Más bien busca aprovechar que la fuerza del movilizadado está debilitando al adversario, y se apoyan mutuamente para lograr los objetivos específicos que buscan unos y otros. Con frecuencia esa supuesta solidaridad se diluye en cuanto uno consigue lo que buscaba. Este

*Publicado en La Razón el 21 de junio de 2018, y en El Deber el 29 de junio de 2018

comportamiento es colectivo, grupal, pero más que comunitarista es corporativo, fundado en intereses particulares muy concretos: una obra pública, una norma, una asignación presupuestaria.

Obviamente, este rasgo tampoco es exclusivo de los bolivianos. Es normal que los intereses comunes agrupen a la gente y la motiven a realizar acciones colectivas para conseguirlos. Si acá se la observa con más frecuencia se debe posiblemente a que es el procedimiento fundamental para influir en la distribución de las rentas de recursos comunes, controladas por un Estado institucionalmente débil. En efecto. En Bolivia sabemos que los recursos nos pertenecen a todos pero también sabemos que el Estado no nos dará lo que es nuestro a no ser que lo reclamemos, y sobre todo si es con fuerza y en las calles, y mejor si lo presentamos con un discurso que hable de nuestra pobreza, nuestra necesidad o nuestro derecho conquistado a sangre y sacrificio.

Estas rápidas descripciones permiten ver que individualismo y colectivismo, egoísmo y corporativismo, o como queramos llamarlos, no son excluyentes ni incompatibles. Podemos ser unos y otros, ¡incluso al mismo tiempo!

El tema, para abordarlo en la preocupación que animó a Oporto en su libro, es cuál de estos rasgos predomina, no solo como un tema de carácter nacional sino, sobre todo, como un obstáculo de comportamiento para el desarrollo de nuestras capacidades.

Me atrevería a plantearlo en términos de desafío. ¿Cómo podemos superar ese individualismo primitivo que nos lleva al refugio familiar para asumir un individualismo moral que nos permita desarrollar confianza en nosotros mismos y reconocer los derechos de los otros a ser diferentes? ¿Cómo superar nuestro actual corporativismo particularista para consolidar esa solidaridad abstracta que se llama “bien común”? No tengo las respuestas, pero me parece absolutamente necesario que las busquemos.

¿Cómo somos?*

Carlos Decker- Molina**

El ensayo de Henry Oporto sobre el carácter nacional de los bolivianos es un libro con una extraordinaria actualidad, en Suecia, desde donde escribo, hay un debate justamente sobre el “cómo son”.

Dejé Bolivia en 1971, he retornado algunas veces, ello implica un desconocimiento de la Bolivia post dictadura.

Mi intención no es reseñar el libro de Henry sino coadyubar en la búsqueda de ¿quiénes somos?, porque fuimos unos en los 70, son otros en la Bolivia de hoy y somos diferentes en el exterior. El llamado carácter nacional va cambiando en medida en que el medio se transforma. Sin embargo, hay rasgos comunes que permanecen a todas las mutaciones, así estén deslavados.

¿Cómo nos ven los extranjeros?

Es interesante, además, saber cómo nos miran los extranjeros, por lo menos los suecos con los que más contacto tengo, aunque voy a comenzar por lo que me dijo un periodista árabe en Siria cuando se enteró que era boliviano. “Tu país es chiquito”. Cuando le dije que era un poco más del doble de España, retrucó diciendo que Chile era más grande. “Tienen un Nobel, Neruda”, es decir la pequeñez no era territorial.

Cuando estuve unas horas en manos de los Hezbola en Baalbek en el Líbano, por medio de mi traductor, se enteraron de que era boliviano, me preguntaron sobre la guerrilla del Che Guevara. Es decir, Bolivia es un país “chiquito” y es conocido no por Tamayo sino por un guerrillero extranjero.

Luego del golpe militar de Pinochet llegaron a Suecia, muchísimos bolivianos; sin el ánimo de generalizar diría que no fue la clase obrera la que llegó sino la “pequeña burguesía”, por razones modernas voy a llamar clase media, había obreros, pero pocos. Éstos llegaron masivamente después del golpe de Garcia Mesa. Fue entonces que fui invitado por el director del campamento de refugiados de Alvesta a ayudar a dar solución a un conflicto. Eran mis primeros años en Radio Suecia. El director me dijo: “tus compatriotas son muy llorones, parece que quieren que se los mire como a víctimas permanentes” y lo segundo: “No quieren irse. Por no abandonar el campamento se hacen los enfermos, enferman a sus mujeres o a sus hijos”.

Hablé con muchos de nuestros compatriotas para darle alguna explicación al director. No se querían ir porque vivían en unas casitas tipo chalé de dos ambientes con cocina, refrigerador, muebles simples y elementales como mesas y sillas y algún sofá, tenían el servicio de intérpretes, sus hijos iban a la escuela y ellos también a aprender el idioma. Desayuno, almuerzo y cena se les daba en unos comedores amplios. Fueron los bolivianos de la iniciativa de hacer su propia comida los fines de semana. Sábado y domingo cocinaban por turnos y trataban de imitar las viandas nacionales como forma de retornar a la patria. Dejar el campamento, en esas condiciones, implicaba inseguridad, irse importaba valerse por sus propios medios y ese desafío los aterraba, pero, al final

*Publicado en Página Siete, Suplemento Ideas, el 9 de septiembre de 2018

**Periodista y escritor boliviano radicado en Suecia

salieron. Lo interesante es que todos querían ir al mismo lugar. En esos años las autoridades de migración intentaban dirigir a lugares donde había trabajo, pero no obligaban.

El director sacó una conclusión: “Los argentinos y uruguayos aguantaban a regañadientes los tres meses de introducción a Suecia. Los chilenos se reagrupaban políticamente, a los bolivianos hay que empujarlos para que vayan. ¿Por qué?”

Los rioplatenses eran clase media “revolucionaria”, individualistas que sabían cómo se las iban a arreglar solos. Los chilenos llegaron mezclados y los bolivianos de los ochenta eran mayoritariamente trabajadores. Puede que aquí anote, sin querer queriendo, una concepción clasista. La clase media es por razones económicas e incluso educacionales más proclive a la singularidad, algunos hablaban idiomas extranjeros.

La clase trabajadora no sabe cómo se la va a arreglar en una sociedad que al no comprenderla la mira con hostilidad y recelo por eso se aúpan al más intrépido o al “líder”, se juntan, son “comunitarios” en el sentido incluso de elegir lugar dónde irse a vivir. En la elección jugó un rol importante la militancia. “Si el partido dice que hay que agruparse en Gotemburgo, allá nos iremos”.

La unidad política tuvo su importancia en los primeros años. El núcleo más importante, incluso hoy, es el folklore. Se es más boliviano en la medida en que se practica alguna danza y se organizan carnavales; el de Gotemburgo (organizado por los bolivianos) ha pasado a ser parte de la cultura popular sueca.

El “pasanacu” es otra institución boliviana trasladada a Suecia, llegó también una escultura del Tío de la mina traída por un trotskista como forma de equilibrar la llegada de alguna virgen que provocó “presteríos” inexplicables para los suecos. Sin embargo, el boliviano que, como yo, se quedó en Suecia está integrado a la sociedad por medio del trabajo lo que no siempre quiere decir que tengan amistades suecas. No cuento con estadísticas, pero estoy seguro, más de la mitad, no ha leído nunca un autor sueco que es la forma más pulida de la integración en un mundo ajeno.

El individualismo de los bolivianos

Es importante tal vez definir el concepto individualismo. Suecia por ejemplo es producto de un modelo con un estado fuerte, con organizaciones sindicales y empresariales fuertes, con instituciones independientes y prensa libre sin ataduras políticas, pero, los suecos son individualistas en el sentido de su racionalidad y capacidad de tomar y defender sus actos. El individualismo sueco está amparado y enmarcado por la ley. Hay una palabra sueca que define el carácter nacional de los suecos y es LAGOM, que no solo quiere decir algo así como el justo medio, sino que proviene de “según la ley”, es decir “si la ley dice así, así tiene que ser”. Desde ese punto de vista los bolivianos, por los menos en Suecia, no son individualistas, puesto que buscan refugio en los grupos de folklore, en los partidos políticos (bolivianos) muy pocos militan en partidos suecos. Hay obviamente excepciones sobre todo en la segunda generación que al haber crecido en Suecia es más sueca que boliviana, aunque los padres ejercen de palanca para, sino obligarlos, sugerirles que bailes morenadas o caporales. La burbuja nacional, no es solo boliviana, *littel Italy*, *Chinatown* en USA y los árabes en Europa.

Con el pasado auestas

La actual corresponsal de Radio Suecia en América latina Lotten Collin me dijo “Para mi Bolivia es el país del futuro, pero con el pasado acuestas, pocos logran juntar su historia con los sueños del futuro”

Otro amigo sueco me dijo “Bolivia es el país de los diminutivos, quizá conlleva un complejo de inferioridad”

Otro periodista sueco, esta vez de la televisión, vivió en Bolivia donde llegó a los 19 años, tiene un compadre y dejó alguna novia antes de retornar a Suecia: “El boliviano es trabajador, da la impresión de que trabajan todo el día y en todas partes”. La otra característica según Per Anders Engler es la “distancia frente el extranjero”, esa distancia a veces – dice – puede ser timidez, acritud y enemistad, de contra partida encuentra que los bolivianos son orgullosos de su país y su cultura, honestos a pesar de su pobreza, aunque también se encontró con tramposos y pícaros.

Para terminar esta acotación al excelente libro de Oporto, una anécdota. Viajaba en auto con un joven boliviano de visita, en la carretera había un letrero que me pidió le tradujera, “A 5 kilómetros hay un cámara de control de velocidad”. Se rio a tiempo que decía: “Qué cojudos estos suecos que avisan que hay controles” No pudo entender que no se trata de cobrar multas sino de evitar que los conductores aceleren por encima de las reglas y provoquen accidentes.

Henry Oporto escribe sobre el carácter nacional*

Fernando Molina**

La teoría dominante en los 90 era lo que Amartya Sen llama “indiferencia a la identidad”. Esta actitud se mantiene en buena parte de la ciencia económica que ve a la sociedad, con un método individualista, como un contrato o asociación de individuos, cada uno tratando de optimizar sus beneficios. Una sociedad definida por la decisión racional, cuyo protagonista es el “homo economicus”.

Yo compartí esta visión en los años 90 y hasta donde entiendo Henry Oporto también. Pero el tiempo pasó y cambiamos de posición, como muestra el hecho de que Oporto haya escrito un libro sobre la identidad nacional: “¿Cómo somos los bolivianos?”.

El motivo de esta transformación se narra en el prefacio de este libro. Responde a la transformación del país durante este tiempo. El mundo de los 90 se hundió y dio lugar al mundo de hoy. Todo esto comenzó con la irrupción en el campo económico, y específicamente en el de los hidrocarburos, de una serie de fenómenos sociales que no era posible entender a través de la metodología individualista. El nacionalismo no parecía ser una respuesta racional, sino emocional a los dilemas económicos del país. La suposición de que los recursos naturales deben ser propiedad colectiva corresponde con un interés, pero también con una historia, y no puede analizarse solamente por medio de teorías de juegos. ¿Por qué alguien es capaz de morir para que el Estado sea propietario del gas? ¿O porque su universidad tenga algo más de presupuesto?

Con la nacionalización del gas reaparecieron o se hicieron visibles fenómenos sociales que se consideraba arcaicos y superados, y perturbaron la imagen, hegemónica entonces, de una sociedad contractual. Todavía se puede pensar, como hace Oporto, que este tipo de sociedad es el mejor posible, porque es la que coincide con la razón; es, como dice el libro, una sociedad moderna y progresiva. Esto puede discutirse, pero en todo caso todos estamos de acuerdo en que la del contrato no es la imagen de la sociedad real.

Cuando se abre la puerta a la identidad entran con ella un conjunto de conceptos difíciles, como imaginario, memoria colectiva, carácter nacional, todos los cuales nos hubieran parecido poco persuasivos y hasta irracionales en los 90. La razón es que no son conceptos funcionales, sino históricos. Creo que el valor que ha tenido Henry para volver a trabajar con ellos lo muestra como un verdadero intelectual, uno que es capaz de salir de su zona de confort, de sus hábitos intelectuales, para alcanzar mejor su objeto de estudio.

La tradición de los estudios sobre la identidad es larga. Una línea que va de Arguedas-Tamayo hasta HCF Mansilla, pasando por Mendoza, Montenegro o Diez de Medina. Este acervo de ensayos es diverso, uno puede encontrar desde aproximaciones naturalistas racistas hasta otras puramente históricas. En todo caso, la nota común es la búsqueda etiológica: a la manera del psicoanálisis, los ensayos sobre la identidad han procurado encontrar las causas del comportamiento o del malestar,

*Publicado en Brújula Digital, el 18 de septiembre de 2018

**Periodista

bajo la suposición de que ese conocimiento sería curativo. Oporto y Mansilla son distintos. Aunque no se niegan a consignar las probables causas están más interesados en consignar los rasgos, bajo la suposición de psicología cognitiva de que mencionar el problema y actuar en relación a él es lo que constituye la cura.

Por supuesto, que el solo hecho de plantear el debate en términos de traumas y curas es arriesgado y llevará a que se critique a Oporto por arguedianismo o falta de identificación con la patria y los compatriotas. No puede negarse que al incorporarse este ensayo en la tradición literaria sobre el carácter nacional que hemos señalado, tradición iniciada por Arguedas, y al afiliarse dentro de esta tradición en el ala modernizadora también inaugurada por Arguedas, es decir, a contrapelo del ala tradicionalista de Tamayo, Montenegro, Diez de Medina, no es desquiciado incluir este ensayo en una genealogía arguediana.

Claro que Oporto no es esencialista y ni siquiera particularmente historicista. Para él los males de los bolivianos no son una maldición del medio ni de la raza, y por eso son totalmente "curables". ¿Qué veríamos después de esta curación? Una sociedad como la que soñábamos en los 90: dirigida técnicamente por élites intelectuales, fundamentalmente mercantil, conectada con el mundo, apta para la inversión y plenamente individualista y democrática. Lo que el libro no se plantea es la posibilidad de que los bolivianos no queramos curarnos o de que veamos nuestras diferencias respecto a la sociedad ideal de los 90 como idiosincrasias irrenunciables, que si perdiéramos nos desnaturalizarían. Esta es la gran cuestión que planea sobre el libro, pero que Oporto no llega a enfrentar.

En todo caso, la tesis principal de la obra es completamente correcta. Un cambio progresista requiere de un conocimiento profundo de la realidad que va a ser transformada. Aún más, todo cambio progresista está determinado por la realidad que se transforma. Por lo menos cuando se quiere que el cambio enraíce y prospere, y que cause más bien que mal. También requiere, añadido yo, de cierta negociación con la realidad tal como es, de ese pragmatismo que adornó al mayor modernizador boliviano, Víctor Paz Estenssoro. Cuando ese pragmatismo de grandes alcances fue rebajado por la clase política a mera habilidad para manejar la porquería política, el proceso de modernización se volvió del tamaño de la conveniencia de una sola clase social, no pudo abarcar la realidad, no pudo con el carácter nacional, y por eso fracasó.

Henry Oporto ha demostrado, con este libro, que es uno de los cinco o seis principales ensayistas del país. La obra es discutible, pero resulta provechosa para el gran público porque es a la vez interesante y elegante. Es un importante ensayo con aspiraciones tanto intelectuales como estéticas.